

Otra vez lo mismo

Casablanca la bella

FERNANDO VALLEJO

Alfaguara, Bogotá, 2013, 185 págs.

CASABLANCA LA BELLA es la undécima novela de Fernando Vallejo. No es difícil resumirla: el narrador compra una vieja casa, en el barrio Laureles de Medellín, y para habitarla la reconstruye. La casa es un lugar querido por el narrador ya que ella representa algo así como lo único que persiste de su pasado familiar. Luego, cuando Casablanca está remodelada, para su apertura, se invita a muchas personas. Casi todas son los familiares y amigos muertos del narrador. Casablanca se ilumina entonces de fantasmas, y esto sucede ya al final de la novela, que celebran el salón donde está el Sagrado Corazón de Jesús y otros cuadros de asuntos cristianos. Un sacerdote, cercano a la familia y también muerto, reza en latín una misa para que el nuevo ciclo de Casablanca inicie. Luego los invitados se van y la casa queda sola con su nuevo propietario, un pobre viejo que está cerca de la muerte y con quien está frecuentemente platicando. Los ruidos de una retroexcavadora, que destruye una casa vecina, perturban a este narrador quien, por un momento, cree sentirse en paz. En algún momento, el maquinista, “un negroide de estos que produce la tierra”, calcula mal el golpe a uno de los muros colindantes y termina demoliendo Casablanca.

Este resumen podría ampliarse con las diferentes gestiones que hace el narrador para que la renovación de la casa se logre. Idas y venidas por la ciudad en busca de inodoros, vidrios, focos, etc., alegatos con los albañiles, disputas con el arquitecto, con el ingeniero, con los vendedores. En realidad, se trata de un argumento fácil que permite que su narrador se acomode de la mejor manera para hacer lo que sabe hacer: despotricar del mundo, de Medellín, de Colombia y sus habitantes y, así como lo hacen las máquinas con las viejas casas de Laureles, demoler toda esa estructura social que lo rodea, desde los aspectos religiosos, políticos y económicos, hasta los propiamente familiares y personales. Ahora bien, el modo en que se ejecuta esta aniqui-

lación de una sociedad falaz y voraz, criminal y hedionda, es el mismo que Fernando Vallejo ha venido utilizando desde la aparición de su primera novela *Los días azules*. Una mezcla de ironía, sátira e insulto extremo con una nostalgia muy enternecida que el narrador siente por algunas personas y animales. Tal recordación de un pasado más o menos idílico desde un presente que es repulsivo es pues la constante del universo vallejiano. Injurias van, injurias vienen surcadas de afectos por sus abuelos muertos y las perras que el narrador ha tenido a lo largo de su vida.

Casablanca la bella no es la excepción de esta constante. Al contrario, es la continuación de un mecanismo narrativo (un yo que enuncia y que dialoga con un interlocutor que puede ser una perra o un fantasma pero que también es una proyección de ese mismo yo), de unas fórmulas retóricas tan usadas (la cantaleta, el insulto, el chiste), que resultan manidas. Nada en las 185 páginas de *Casablanca la bella* resulta nuevo y audaz. Ni siquiera el humor, usualmente implacable y agresivo de Vallejo, tiene en estas páginas el poder de hacernos reír. Ni siquiera su prosa, tan contundente y rebelde, logra convencernos en este libro que, de principio a fin, es repetitivo y extenuante. Tan repetitivo y extenuante como los malogrados hijueputas que la pueblan. Es como si algo en Fernando Vallejo se hubiera trastornado. Como si el narrador, ese narrador que tanto nos convenció en esas novelas que van de *Los días azules* a *La virgen de los sicarios*, hubiese naufragado en una vejez verbosa y aburridora. En realidad, como lector de Vallejo, soy de los que creen que después de *El desbarrencadero*, las novelas de Fernando Vallejo se han venido desbarrancando de manera calamitosa. Me pregunto ¿por qué en este escritor no se ha presentado una fresca reinvención de su mundo? Acaso porque se siente muy seguro de que su propuesta narrativa es única en nuestro ámbito literario, a pesar de que ella no sea más que un perro que se muerde incansablemente la cola. Además, esas reinvenciones literarias surgen, por lo general, cuando el escritor se somete a fuertes pruebas de silencio. El silencio en Vallejo, o al menos este tipo de pausas en la ac-

ción, parece imposible. Porque a este escritor lo que le interesa es volver a la carga para seguir despotricando en la misma tonalidad y con las mismas alteraciones. Pero, y vuelvo a preguntar, ¿es posible que un escritor como Fernando Vallejo sea capaz de reinventarse? Claro que es posible. De hecho, hay una sorprendente reinvención cuando uno pasa de las cinco novelas de *El río del tiempo* a *La virgen de los sicarios*. El universo narrativo no cambia, el estilo y los propósitos del narrador siguen siendo vigentes, pero se presenta algo inquietante. Hay una trama novelesca en *La virgen de los sicarios* que atrapa, un espacio social corroído que estremece, unos personajes que conmueven. Esto es lo que el lector pide en *Casablanca la bella*, tan llena de gente, y tan resuelta en volver sobre una Medellín que, con el correr de los años, se ha transformado.

En *Casablanca la bella* sucede otra vez lo mismo. Vallejo vuelve de nuevo, con el mismo tono y los mismos decires, con las mismas estrategias narrativas, al odio a las mujeres, a los papas, a los políticos, a la sociedad de consumo, a los comentarios no siempre atinados sobre la ciencia y la gramática. Es como si lo que se había dicho tan bien en otros momentos, en *Casablanca la bella* se difuminara todo el encanto. Se termina la lectura sintiendo que en estas páginas se ha gritado e insultado demasiado, se han dicho demasiados chistes flojos, se ha prolongado excesivamente su trama. Que esos gritos, esas imprecaciones, esos chistes y esa prolongación incomodan porque son desafinados. Y, ¡ay!, todos sabemos lo buen músico que es Fernando Vallejo. *Casablanca la bella* es, pues, una novela que confirma con holgura la decadencia de un escritor.

Pablo Montoya